

EVOCACION DE OIARSO

Por Manuel AGUD



En quienes estamos afectados de manía histórica y arqueológica, cuando aparece el nombre de Rentería, suscita la evocación inmediata de aquel que debió de ser municipio romano de OIARSO.

Séanos, por tanto, permitido remontar el tiempo y sentirnos entre paisajes menos erosionados, preguntándonos cómo imaginarían el futuro (nuestro presente) los que fueron testigos del laboreo de las minas de Arditurri. Si ellos nunca pudieron concebir un estado como el actual, nosotros que, acaso desgraciadamente, tenemos más elementos como puntos de partida para ver con cierto espanto este otro futuro, tampoco podemos pensarlo como lejano, sino más bien próximo. Y puestas así las cosas, tendremos que confesar nuestra absoluta y radical incapacidad para imaginarnos la Rentería del año 4.000 (suponiendo que tal año se contemple un nuevo paisaje lunar).

El ritmo histórico actual es infinitamente más veloz, y, por tanto, los dos mil años que separan el presente, que era futuro para los de OIARSO (perdónesenos la grafía, que creemos más aproximada a la primitiva), con la aceleración histórica de hoy tendría un equivalente quizá de la décima parte, y hemos de plantearnos de nuevo hasta dónde llegaría nuestra capacidad imaginativa. Tenemos, según se ha dicho, muchos puntos de arranque, y, además, esa «nueva» ciencia, la «santa» estadística, que de la mano de la sociología puede calcular numéricamente el futuro. Ello si no fuera capaz la humana naturaleza de trastocar cualquier cálculo matemático, por muchos coeficientes de corrección que se le apliquen.

Pero retornemos al punto de partida.

Meses pasados, a propósito de los últimos hallazgos de Irún, se habló abundantemente de la presencia romana, o más bien romanización sufrida en ciertas zonas por los indígenas.

OIARSO ya no era una isla; formaba parte de un conjunto más o menos estructurado que comprendía la hoy zona de Irún-Oyarzun-Rentería, y, allá, lejos entonces, siguiendo la costa, un pequeño poblado de pescadores al arrimo de una isla (Urgull), pero con pequeñas entidades de población por el Antiguo y hacia Hernani (?).

Hace años, acompañando a Luis Michelena, Juan J. Beloqui y Jesús Elósegui, recorrí las minas de Arditurri, aquellas galerías enormemente complejas, verdadero nido de abejas, donde durante tantos años, siglos, se extrajo el plomo (argentífero al parecer).

Siempre impresiona una mina, mucho más una mina abandonada, cuyo laboreo se remonta quizá a dos mil años. Y quisiera recordar una anécdota. Nos servía de guía el señor Alvarez, encargado de las instalaciones, y al llegar a cierto tramo preguntó a su hijo, que nos acompañaba: «Esto no estaba el otro día...» (Era una enorme laja de piedra de un par de metros cuadrados por unos veinte o treinta cm. de espesor, que se había desprendido.) Ante nuestra ingenua pregunta de si no entrañaba peligro transitar por allí, nos respondió: «El que muere en la mina sale con honor». Orgullo legítimo de minero que nos dejaba un tanto avergonzados.

Luego estuvimos observando objetos encontrados en el lugar, que estudió posteriormente Luis Michelena entre los «Restos romanos de Guipúzcoa».

Ha pasado mucho tiempo. Volví hace un par de años, y el paisaje había cambiado. En esta época moderna, en esta nación con tan poca estimativa en la actualidad por la Historia y tanta por la Economía, se nos van los restos de un pasado, cuyo valor nos lo da el presente, hijo de aquél. El laboreo a cielo abierto va transformando la orografía y nos tememos que aquellas minas sufran la destrucción exigida por este nuevo Molok de la sociedad de consumo y del beneficio por el beneficio.

Nos informaron que quedaba una galería respetada como recuerdo, mas aquello presenta los caracteres de una geografía sucia. No vamos a defender el bucolismo a ultranza frente al desarrollo; pero, ¿es que no se puede lograr un desarrollo sin insultar a la historia y a la naturaleza?

Aquel OIARSO que vemos citado en Plinio, Ptolomeo y Estrabón, aquel Oiarso que apeteció a los romanos, como les apetecían además las tierras de pan, vino y aceite, acaso fue el germen que andando los años hizo de Guipúzcoa una de las provincias industriales más ricas de España. Entiéndase, su germen histórico, su germen cultural. Mucho había llovido hasta aparecer en esta tierra los primeros atisbos industriales, sin embargo, no podemos por menos de imaginar allí la simiente o el origen de la Guipúzcoa metalúrgica.

Por eso nos duele la posibilidad de que desaparezca ese monumento histórico. Ya no es fácil visitar las viejas minas. Lo que se puede ver hoy no es lo de hace veinticinco años, que acaso poco habría variado desde la época primitiva. Es un paisaje distinto que afortunadamente todavía no vence a la belleza incomparable de ese valle; mas la codicia humana y los «forracolinas» (en frase de un amable guipuzcoano) se encargarán, si Dios

no lo remedia, de liquidar uno de los puntos de más importancia histórica de la provincia.

¿Por qué no se hace compatible la cultura con el desarrollo?

¿Por qué han de ser sustituidos los sueños de los hombres por los resultados de las computadoras? ¿Por qué no han de estar éstas al servicio de aquéllos, sin esa pendiente por la que nos deslizamos hacia un mundo que nos esclavice a ellas?

Rentería se está convirtiendo en una ciudad importante. Si pasa ya de los 40.000 habitantes, al ritmo de crecimiento actual, y aun suponiendo que se estabilice para su digestión, no es difícil predecir una concentración urbana doble en un futuro bastante próximo. Pero ese crecimiento tiene que engarfiar sus raíces en el pasado. Tiene que buscar esencias puras en la tradición, que no es esa tradición de hace cuatro días con que nos suelen cansar los oídos, sino la que nos entronca con la existencia del primer municipio quizá de la provincia, y ya sabemos lo que suponía un municipio en época romana.

Si Guipúzcoa es pobre en momentos del pasado, es una obligación de todos salvarlos, y para hacer honor a ellos, fomentar cuanto suponga una corriente de cultura capaz de estimar algo más que lo puramente utilitario. Grande ha sido el avance en este sentido en los últimos años, y es que se va adquiriendo conciencia del valor de lo auténtico.

Nos atreveríamos a sugerir algo similar a lo hecho en Irún. La consigna pudiera ser: «¡Localizad OIARSO!». He aquí una bonita, romántica y ¡utilísima! labor.

Hay que luchar sin descanso frente a las nuevas «hordas»; mas, ¿cuáles son éstas? Acaso no sólo lleven el caduceo de Mercurio, sino que les acompañe una pseudo-literatura que encubra, para incautos, el bastón de las dos serpientes.

Al pie de la peña que cierra el valle, los romanos descubrieron la mina que se sigue explotando aún en nuestros días.

